

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 206

25 cénts.



EL NIETO
DE DON JUAN

POR
RODOLFO VALENTINO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 206

El nieto de Don Juan

Comedia dramática de H. Thompson Rich,
interpretada por el prestigioso artista
RODOLFO VALENTINO



Producción LOEW-METRO

Exclusiva del

Programa **VILASECA Y LEDESMA S. A.**

Layetana, 53 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WALTER HIERS

El nieto de Don Juan

Argumento de la película

La primavera habíase despertado de súbito, preñada de risas y de un tibio hálito de vida. Florecía en el paisaje, bajo la caricia dorada del sol, la canción henchida de promesas y esperanzas.

Vera Blaine, hija de una poetisa famosa muerta algunos años atrás, no permanecía insensible a estas mutaciones hermosas de la naturaleza. Dotada de un temperamento exquisito, le gustaba aspirar el ambiente húmedo mañanero del campo en flor. Compenetrábase en las múltiples facetas de sus encantos y creía ver en ellos como un oculto sentido cuya expresión desbordante, alegre, vivificadora, simbolizaba el amor.

No hacía Vera traición a su herencia romántica, y con harta facilidad abandonábase a la urdimbre de sus sueños.

Ya en el alborear de su juventud, guardaba en su corazón un dulce secreto de amor.

El hombre que había despertado su alma era Jacinto Pereira, un brasileño que escri-

bía novelas en inglés, para el público neoyorquino, y que por lo general vivía las historias amorosas de sus héroes.

Cínico, audaz, elegante, dotado de una rara elocuencia en la que parecía que estuviese en posesión de todas las fibras y delicadezas del sentimiento; en pleno triunfo literario además, el novelista tenía todas las cualidades para ser agradable a los ojos de la mujer.

Era en él una rara condición manejar a su antojo los resortes del corazón femenino.

El literato adivinó al punto la propensión lírica de Vera, y sutil, astuto, fomentaba aquellas excursiones matinales por el bosque, seguro de que sus rincones floridos eran cómplices valiosísimos que acrecentaban el amor de la joven.

El novelista solía acudir a las citas con premeditado retraso. Dejaba que el alma artista de Vera se embelesara en el panorama, que aspirase las sensuales emanaciones de la fronda, para luego ejercer en ese estado de embriaguez mayor influjo sobre ella.

Hablábale entonces Pereira con suave tono, como un murmullo más del campo, y ella le escuchaba embelesada, con dulce sensación de caricia, saludada, adivinada en un camino ideal presentido entre vagas brumas que al conjuro de las palabras del escritor se iluminaba con claridades doradas.

Una mañana Pereira creyó sin duda el fruto en sazón y se expresó en un tono de vehemente y afectado balbuceo:

—Vera, cada día que pasa nuestras almas se acercan más y más...

Fingía la comedia del amor maravillosamente.

—No sabría expresarte hoy lo que tantas veces te he repetido. Las palabras me parecen vacías de sentido, mezquinas para nuestro amor ilusionado.

La enlazó por el talle, y envolviendo con el centelleo de su mirada las pupilas de Vera, estampó un beso prolongado en su boca.

Luego la instó a que visitase su casa so pretexto, para vencer la resistencia de la joven, de que ellos estaban por encima de los vulgares enamorados. Quería, además, regalarle una fotografía suya. La instaba con un ruego en cada frase, con un mimo, y ella cedía sin fuerzas para luchar contra la batería galante que le oponía el escritor.

Vera olvidóse de sí misma, ciega con el amor que por el literato sentía.

Sin embargo, al atravesar el umbral de la pintoresca y coquetona casa del escritor, sintió un amago de pudor que la detuvo.

—¡Por Dios, Vera, cómo he de decírtelo!— reprendió con entonación suave y condolida el escritor.

Le hizo observar, en voz baja, aludiendo a su mayordomo que, a distancia y aleccionado por su señor, permanecía grave y circunspecto:

—Vas a dar a entender a Francisco con tus temores lo que no existe... No sabes lo que me

disgusta ser pábulo de las habladurías de mis criados.

Aquella observación a tiempo venció todas las resistencias de la joven.

En el salón, descubrió Vera, no sin cierta sorpresa, la mesa puesta con elegante frivolidad.

El escritor sonrióse equívoco:



La instaba con un ruego en cada frase...

—Estaba seguro de que no habrías aceptado si te hubiera confesado de plano el deseo de que almorzaras conmigo... Es un capricho de enamorado... Mañana es tu cumpleaños y quería celebrarlo unas horas anticipadas.

Ella, confiada, repuso:

—Gracias, Jacinto, pero no puedo. Tengo que volver a casa inmediatamente.

Insistió el escritor:

—¿Vas a negarme esta dicha? ¡No seas cruel, Vera!

Vera había leído de pronto en los ojos del amado extrañas impaciencias reprimidas y replicó con viveza:

—No; de ninguna manera.

El procuró reportarse.

Sentáronse junto a la chimenea. El escritor extrajo de un secreter una fotografía y ofrecióse la, con la siguiente dedicatoria:

A Vera, a la mujer que amo con todas las potencias de mi alma, a la que llena con su imagen mi corazón y me dice con sus ojos y con su risa que la vida es bella.

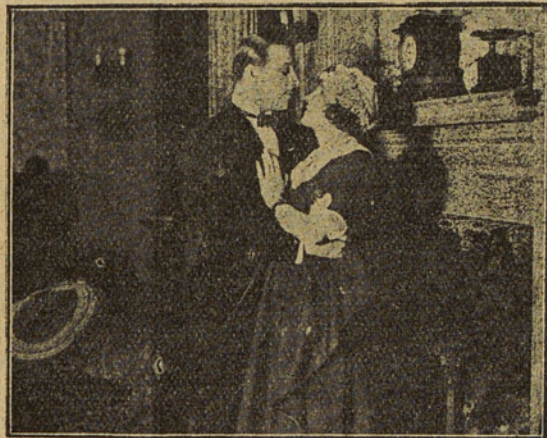
Jacinto

A pesar del tono dulce y comedido que él afectaba, la joven empezó a sentirse molesta. De nuevo notaba en los rápidos fulgores que despedían los ojos de Pereira, aquellos reprimidos deseos que pugnaban por desatarse. Sin embargo, enamorada, lo atribuyó a la fogosa pasión de su amado, disculpándole, pero temerosa, no se le escapaba que en aquel instante constituía un peligro, dado el lugar donde se encontraban. Decidió escapar cuanto antes y aprovechó con habilidad un mimo para decirle:

—Hoy siento miedo de ti, Jacinto. Por cualquier cosa tiemblo. Parece como si amenazase algún peligro a nuestro amor.

El objetó con amable desdén:

—Tienes miedo de ti misma. Y es que nos hemos acostumbrado a mirar el amor como una rutina más; y claro, cuando se sale de los cauces establecidos, asusta y sobresalta nuestra poquedad de espíritu. Es triste, pero hay que reconocerlo. Tu miedo no tiene otra explicación; y yo debí advertirlo y evitarte el paso que has dado.



—¿Vas a negarme esta dicha? ¡No seas cruel, Vera!

Vera balbució algunas palabras de protesta. El la atajó hipócrita.

—No nos engañemos, Vera... Prefiero un amor etiquetado... No es lo suficiente grande

que sacuda el lastre de las conveniencias sociales.

Replicó ella, contrariada consigo misma:

—Es inexplicable, en efecto, este miedo...

¿Serán, como tú dices, escrúpulos cursis de señorita provinciana?

El corroboró irónico.

—Pero tú sabrás perdonarme—saltó la joven con viveza.

El se encogió de hombros y nada repuso.

La joven parecía vacilar, pero al fin, resuelta, decidió:

—Me voy... Hasta mañana. Esto pasará.

Y reparando en el semblante contrariado del escritor, añadió:

—Mira... No te enfades. Te aseguro que es superior a mis fuerzas.

Pereira trató de insistir.

—Vera, escucha, no te vayas aún.

La joven, sonriendo, le envió un beso con la mano y salió corriendo.

El literato siguió tras de ella y la vió alejarse veloz, traspasar el jardín, ganar la puerta de la verja. Y luego, cuando hubo desaparecido, volviendo sobre sus pasos, a su rostro asomó una sonrisa fina, sutil, incisiva.

* * *

La familia Conway estaba íntimamente ligada por lazos de amistad con la madre de Vera. Hugo, el hijo único de la acaudalada familia, brillante abogado y juez, hombre de

conducta rectilínea, había sido nombrado, a la muerte de la poetisa, tutor de su hija.

Era Hugo de un temperamento íntegro y constante en sus afectos. Con el trato continuo de Vera—ésta vivía como un miembro más de la familia Conway—sintió por la joven una inclinación sincera y honrada.

La madre del juez, como todas las madres, no veía más que por los ojos de su hijo. Le sabía enamorado de la joven y deseaba hondamente que este amor se realizara.

Hugo, empero, como hombre de hogar, se afanaba en conquistarse un sólido prestigio en la sociedad neoyorquina, y deseaba ganar en las próximas oposiciones a la judicatura el puesto de juez del distrito en que vivía.

Tenía un colaborador eficaz en su socio de bufete y compañero de colegio, Ricardo Huntley, joven simpático, cuyo conocimiento de las leyes áridas de sí, no había robado jovialidad a su carácter ni generosidad a su corazón.

Aquel día celebrábase el cumpleaños de Vera. Fué una fiesta íntima, alegre y a la vez solemne, no obstante la aparente frivolidad que revisten todas las fiestas familiares.

En el momento de los regalos, Hugo le entregó una caja lujosamente envuelta y le dijo:

—Tu madre me entregó cerrada esta caja, Vera. Fué su voluntad que la abrieses tú misma en este día en que cumples veintiún años. Y ahora acepta esta pequeña prueba de mi cariño.

Y le ofreció un valiosísimo collar de perlas.

Ella subió cargada con los obsequios a sus habitaciones, alegre, emocionada por las pruebas de afecto que recibía de sus amigos. Por un instante permaneció irresoluta, mirando el regalo de la muerta.

"Para mi hija Vera cuando cumpla sus veintún años", había escrito la poetisa en la envoltura de la caja.

Vera se decidió por fin a abrirla, con respetuosa ansiedad.

La caja contenía un libro, lujosamente encuadernado, cuyo título y dedicatoria eran los siguientes:

CANCIONES DE AMOR

Colección de poemas

Dedicado a mi hija Vera.

Seguía una carta, en la que, entre consejos maternos, había un párrafo esencial para la vida de su hija:

"...y mi deseo es que Hugo sea tu marido, siempre que tu corazón esté de acuerdo con mi voluntad. De todos modos, hija mía, te dejo en absoluta libertad de acción, pues no quiero que un día me culpes de haber destruído tu felicidad. En esta caja, junto con varias joyas mías, hallarás mi anillo de boda..."

Vera besó todos aquellos recuerdos, no sin pensar con cierta amargura en el atildado espíritu de su madre, en la cual habría encontrado a la confidente leal, a la amiga, conoce-

dora del corazón humano, que había, certera, guiado sus pasos por la vida.

Vera recibió la herencia afectiva de la poetisa; pero no el discernimiento suficiente para gobernar un corazón romántico como el suyo. Y en aquel día de emociones gratas, no sabía más que recibir la sensación íntegra de ventura, cuyo remate feliz lo completaba el amor todavía en secreto de Jacinto Pereira.

Una idea pasó rápida por su pensamiento y en el acto la puso en práctica.

La ofrenda más delicada que podía hacerle a su amado era la de aquel libro que hablaba de las excelsitudes del amor.

Escribió bajo la dedicatoria:

Sola desde aquí, protegida por la sombra de mi madre me atrevo a decir, Jacinto, lo que mi corazón siente; me atrevo a decir que mis ojos buscan otros ojos donde leer el Amor, que mis labios buscan otros labios donde beber este excelso sentimiento.

Vera

Pasó un día exaltada por multitud de sueños que, en tropel, urdía su pensamiento romántico.

A la mañana siguiente, acallados los escrúpulos que le acometieran en la casa del escritor, decidió visitarle. Quería deshacer el mal efecto del día anterior y darle a su amado una prueba absoluta de confianza en él. Sí, Jacinto tenía razón. Su amor se desentendía de ridículos convencionalismos.

Pereira no se inmutó lo más mínimo cuando el mayordomo le anunció que la joven acababa de llamar a la puerta. Sabía de antemano que la joven volvería. Sonrióse con aquella expresión tan suya en la que mezclábase una fría y elegante displicencia. Era aquella sonrisa como un rápido reflejo de su alma de vampiro.

—Espera—le dijo al criado—. Yo mismo abriré.

Ella, resplandeciente y un poco arrebolada, le tendió la mano.

—¿Me viste?

Con entonación cálida, Pereira se apresuró a contestarle:

—Sí; corrí a la puerta loco de contento. Anda, pasa—invitó—; y discúlpame que te reciba así—aludió al batín granate con franjas de seda negras que llevaba puesto.

La joven, más serena que la primera vez, observó complacida la altiva distinción que sabía poner en todas sus cosas el novelista: en los muebles, en los objetos que le rodeaban y que parecía como si respirasen la galanía de su dueño.

—Estoy contento, como no puedes darte idea, de que hayas venido... Empezaba a sentirme triste y aburrido, y temía pasar una mañana atroz.

Se habían sentado en un sillón, junto a la chimenea.

Pereira le había cogido las manos y de vez en cuando estampaba un beso en ellas.

—Te traigo un regalo de mi cumpleaños. Y le ofreció el libro con la dedicatoria.

Pereira afectó una perpleja admiración.

—¿Para mí?... ¡Oh, cuánto agradezco un recuerdo tuyo!—añadió con transportado acento.

Luego, en rápida transición, dejó ensombrecer su rostro y expresó apesarado tras una breve pausa:

—Vera, tengo malas noticias que darte...

—¿Qué te pasa?—inquirió sobresaltada.

El escritor prosiguió en el mismo tono:

—Me veo obligado a volver al Brasil... un asunto inaplazable... Saldré dentro de dos o tres días.

Se hizo una pausa.

Pereira escrutaba a hurtadillas el semblante contristado de Vera. Cautelosamente prolongó aquel silencio unos instantes, y luego prorrumpió con cierta decisión:

—¿Por qué no vienes conmigo?... ¿No te atreverías a sacrificarlo todo en aras del amor?

—Sí, es posible—repuso ella quejumbrosa—que lo deje todo por ti... Déjame reflexionar. Mañana decidiré.

—No—insistió él—. Acataré lo que tú resuelvas.

Ella le miró a los ojos con cierto temor.

—¿Pero es que dudas de mi cariño, Vera?—reprochó él con un halago de voz que impresionó vivamente a la joven.

—No dudo... Estoy segura de que me iré contigo. Pero déjame reflexionar a solas. Hasta mañana, Jacinto.

El se inclinó, besándole la mano, y la acompañó galante hasta la puerta.

A la noche siguiente, como una prolongación de la fiesta del cumpleaños de Vera, se celebraba una brillante *soirée* en los salones de los Conway.

Pero antes Vera, tras largas reflexiones, le había escrito al novelista la siguiente carta:

Jacinto: He reflexionado, y de la reflexión ha salido más fuerte que nunca mi voluntad de acompañarte adonde sea. Por lo tanto, esta noche haré una escapada para reunirme contigo y confiarme a tu caballerosidad. Mientras tanto, recibe lo que quieras de tu

Vera

Se animaba la fiesta. La joven deseaba que llegase el momento álgido de la velada. Esperaba de ese modo pasar inadvertida, cuando se decidiera a reunirse con Pereira. Sin embargo, Hugo Conway parecía empeñado aquella noche en seguirla por todas partes. Buscaba la ocasión de confesarle su cariño. Aprovechó un instante en que Vera se alejó de la reunión y le dijo con gravedad correcta, que dejaba traslucir la reprimida emoción que sentía:

—Vera, tú sabes que yo te amo. ¿No quieres proporcionarme la alegría de casarte conmigo y permitirme que sea tu tutor eternamente?

Si Hugo, más perspicaz y advertido en li-

des amatorias, hubiese reparado en el radiante semblante de la joven, que demostraba bien a las claras la pasión que sentía, a buen seguro que no se habría declarado. Pero Hugo era hombre serio y no tenía más que la verdad en la boca. Por eso se alejó triste, infinitamente triste, pero resignado, cuando ella, en tono esquivo y con un mohín de fastidio, le contestó:

—Hugo, te lo suplico... no me hables de amor en este momento.

Una media hora después, a recaudo de las miradas de los invitados, abandonaba los suntuosos salones de los Conway y corría hacia la casa de Pereira y a poco llamaba a su puerta.

El novelista la acogió más galante que nunca.

—Has vencido tú, Jacinto. Heme aquí dispuesta a seguirte a todas partes—le dijo, y agregó—: He traído el anillo de boda de mi madre. Ella siempre deseó que yo lo utilizara para casarme.

El escritor deslizó con fría ironía:

—Lo siento en el alma, Vera; pero no podemos usarlo... Es solamente de una unión de corazones de lo que aquí se trata.

Vera volvióse sorprendida:

—¿Qué quieres decir?... Pero entonces... ¿no piensas casarte conmigo?

El novelista observó con tono despectivo:

—¡Eso son vulgaridades! ¡Nuestro amor ha de estar por encima de los necios convencionalismos sociales!

La joven quedó muda de estupor. No quería dar crédito a las palabras del amado.

Pereira se acercó y trató de besarla. Ella desasíóse violentamente de sus brazos.

—¡Déjame, eres indigno de mi cariño! ¡Dios mío, y yo que cifré tantas esperanzas en ti! ¡Qué desencanto!

Gemía desconsolada y él procuró de nuevo abrazarla. Pero su intento degeneró en violenta lucha. La resistencia de Vera enardecía al escritor.

Por fin la muchacha pudo escapar de sus brazos y huyó, enloquecida de dolor y asco.

De regreso en la mansión de los Conway, detúvose trémula y agitada en la terraza del jardín. Casi sin fuerzas, sentóse en la escalinata del atrio y lloró la afrenta, la injuria del hombre que más amaba.

La voz de Ricardo Huntley, el socio de Hugo, la despertó de la pesadilla.

—¿Qué sucede, Vera? ¿Dónde estaba usted? La anduve buscando por todas partes.

Ella trató de serenarse.

—No sucede nada de particular, Ricardo... absolutamente nada. Quería estar sola; eso es todo.

Ricardo la animó, sin meterse en averiguaciones.

—Venga usted, vamos a bailar un poco.

Y, cogiéndole las manos, la arrastró al salón.

Vera le siguió mecánicamente, atrofiada su

sensibilidad. De pronto, al verse en presencia de Hugo, cayó desvanecida.

*
*
*

Algún tiempo después, en medio de la decoración espléndida del Trópico, Jacinto Pereira seguía interpretando a maravilla su papel de Don Juan moderno.

Apenas si se acordaba de Vera. Aquella noche misma, trágica para la joven, su pensamiento formuló un saludo glacial e irónico: "¡Bah!—se dijo—. Una que se escapa. Has-ta la vista."—Y le envió un beso con la mano, a guisa de despedida.

Luego ordenó al criado:

—Usted se queda al cuidado de la casa, Francisco. Yo voy a pasar una temporada en el Brasil.

Y ahora, una rosa de pasión de aquel fe-raz y ardiente país, Elvira Coutinho, olvidando peligros y deberes había sucumbido al poder mágico de la palabra del seductor.

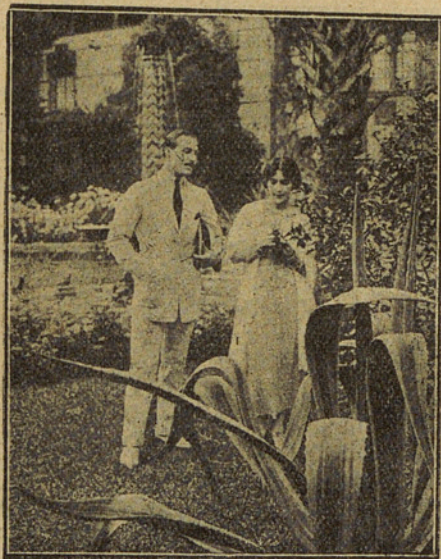
Era hija de un alto funcionario público, hidalgo chapado a la antigua, hombre de honor que jamás toleraría en su familia la mancha de una culpa. Pero quien en este punto llevaba al más alto grado su celo en cuestiones de honor era Alvaro, el hermano de Elvira, que había hecho de esta palabra su segunda reli-gión.

Era un muchacho pálido, de mirada espiri-tada, que se estremecía al chocar con las pro-

caces pupilas del novelista, adivinando receloso su audacia.

Un día le confesó a su padre sus temores:

—Papá, no sé por qué, desconfío de ese hombre. ¡Si se permitiese alguna libertad con Elvira!



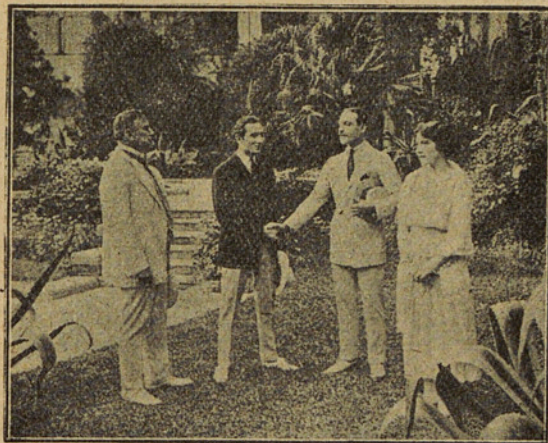
Y ahora, una rosa de pasión de aquel feraz y ardiente país...

El hidalgo le interrumpió confiado:

—Ves visiones, hijo... El señor Pereira es un perfecto caballero.

A pesar del tono tranquilizador de su padre, Alvaro no podía desprenderse de la sospecha que le roía y resolvió espiarlos.

En efecto, aislados en un rincón frondoso del parque, Elvira y el escritor se entregaban a expansiones amorosas hartamente libres, que denotaban la clase de relaciones que existían entre ellos.



Era un muchacho pálido, de mirada espi-ritada...

Alvaro acechó, aguzó el oído, escondido en la espesura, y pudo cerciorarse, por las palabras que hasta él llegaron, de lo que ya le habían dicho sus ojos. Lívido por la cólera, fuera de sí, avanzó amenazador hacia ellos.

El novelista, sereno, se apercibió a la lucha. Alvaro, ciego de ira, se abalanzó sobre él. Rodaron sus cuerpos. Pereira, ágil, diestro, le asestó un golpe y repelió al ultrajado hermano, dejándole retorciéndose de dolor. Y en seguida dióse a la fuga, después de haber manchado el apellido de los Coutinho de oprobio y de vergüenza.

En busca de nuevas aventuras, insaciable su boca en libar la miel del amor en los labios de las mujeres, abandonó el país. Era un nieto de Don Juan y, como aquél, desconocía la fuerza conmovedora de las lágrimas.

Transcurrieron varios años. De vuelta otra vez en la ciudad, quiso el destino guiar sus pasos hasta el despacho del juez Hugo Conway.

Hugo se había casado con Vera. El matrimonio experimentaba una tranquila felicidad, que completaba una niña, la pequeña Vera, que llenaba de alegría la casa con sus risas y sus juegos.

—Conway, le presento al señor Pereira, el famoso novelista—dijo un compañero de letras, amigo de ambos, que acompañaba al escritor—. Desea conocer algunas particularidades de la ley para su nueva novela.

Hugo se ofreció gustoso a los requerimientos del literato.

En esto se presentó Vera, y quedó muda de asombro ante la presencia del novelista.

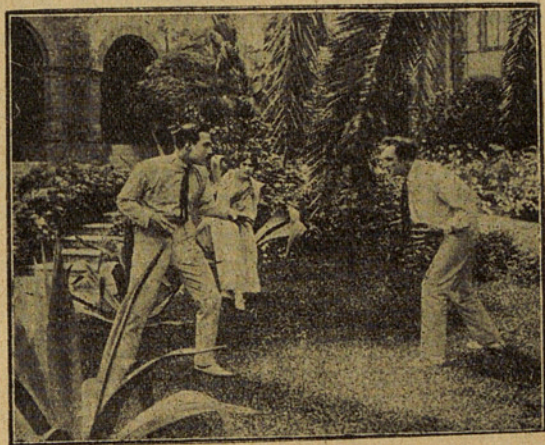
Esta turbación pasó inadvertida para el

juez y, creyendo que no se conocían, hizo la presentación, y agregó:

—El próximo jueves celebramos con una comida de familia el quinto aniversario de nuestra boda. Venga a comer con nosotros y le daré más detalles.

Pereira aceptó gustoso.

Vera, no pudiendo soportar aquella violen-



El novelista, sereno, se apercibió a la lucha...

ta situación, pretextó:

—Hugo, me voy derecha a casa.

El escritor ofreció galante:

—¿Quiere usted aceptar mi coche, señora?

Vera trató de excusarse.

—Sí, acepta, ya que el señor es tan amable—observó el marido.

Forzada por las exigencias del momento, vióse obligada a transigir con la compañía del ser que más aborrecía.

En el coche, Pereira deslizó:

—No sé qué opinión formaría de usted su marido si conociese las cartas suyas que obran en mi poder y la dedicatoria del libro de su señora madre.

Ella replicó sin dignarse mirarle:

—Usted sabe lo inocentes que fueron nuestras relaciones, a pesar de las palabras fogosas de las cartas.

—Yo sí lo sé... pero su marido quizás no se incline a creerlo así—observó con cierta ironía.

Habían llegado. Ante la presencia de su hija, que jugaba en el parque de la casa, Vera le suplicó:

—Si hay en usted un poco de caballerosidad, no acepte la invitación de mi marido; no venga a comer el jueves.

Pereira se inclinó saludándola y objetó:

—Señora, yo no puedo resistir a la tentación de estar cerca de usted.

Ella le vió alejarse con el corazón oprimido por un vago temor de tragedia.

*
* *

Finalizaba la comida del jueves en casa de los Conway.

Giraba la conversación alrededor de la nueva novela que preparaba el escritor, y Hugo le preguntó:

—¿De modo que su obra es un trozo de vida llevado al libro?

El escritor deslizó como una amenaza para Vera:

—La heroína de mi novela es tan de carne y hueso, que puedo enseñar a todo el que lo quiera dos cartas de ella y la dedicatoria de un libro de versos.

A Vera se le cayó de las manos estrepitosamente la taza del café.

Agitada, sin poder reprimir su turbación, se excusó:

—Con permiso de ustedes... voy a cambiarme de vestido.

Tranquila ya, reapareció tras breves instantes.

El escritor defendía con pasmosa tranquilidad la tesis de su libro.

—Mi novela demostrará que, pese a todos los obstáculos, las almas que un día se han conocido y se han amado, volverán a reunirse.

Vera se creyó en el caso de desmentirle y extremó las palabras cariñosas con su marido. Pereira no se daba por vencido ante aquellas muestras de afecto, y aprovechó un instante en que les dejaron solos para detener a Vera del brazo.

Ella suplicó:

—Un poco de generosidad, Jacinto... De-

vuélvame el libro y las cartas y no vuelva a verme nunca más.

El, sin responderla, escribió rápido en una hoja de su carnet:

Tengo en mi casa el libro y las cartas a su disposición, siempre que sea usted misma quien vaya a buscarlas. Esta noche estaré absolutamente solo.



Vera se creyó en el caso de desmentirle y extremó las palabras cariñosas con su marido.

Vera escondió precipitadamente el papel.

Más tarde, dispersada la reunión, Hugo disponíase a retirarse a sus habitaciones, cuando llamó por teléfono Ricardo Huntley.

—¿Puedes venir al despacho? Es necesario

ventilar un asunto urgentísimo esta misma noche.

—Está bien. Dentro de un momento iré.

Hugo subió a las habitaciones de Vera. Esta, al oír sus pasos, trató de sobreponerse a la agitación que sentía.

—Acuéstate. Tengo que salir forzosamente —le dijo besándola.

Vera, apenas cerciorada de que su marido había salido, resolvió acabar de una vez y acudió a la cita del escritor.

Pereira, poco antes, había sostenido un altercado con su criado, tan violento, que llegaron a las manos. El mayordomo, enfurecido por la forma brutal como le trataba el escritor, descolgó de la panoplia una pesada daga con la cual quiso agredirle. La pericia consumada en estos ataques de Pereira, le libró de la agresión, y el criado, desarmado y vencido, juró vengarse.

Minutos después, apareció Vera temblorosa ante Pereira.

—Vengo a buscar el libro—le dijo con los ojos arrasados de lágrimas.

El escritor replicó con fría calma, insensible al llanto de la joven:

—Sólo hay un camino para que se lo devuelva...

—Usted no hará eso. Es indigno de un caballero—replicó Vera, suplicante.

Pereira, encendida la sangre con la llama del deseo, se le acercó y trató de conseguir a

viva fuerza los besos y caricias que ella le negaba.

Acosada, Vera defendíase con energía de los brazos del escritor. Sus uñas se clavaron en su rostro, desgarrándoselo. La violencia de la lucha los había llevado cerca de la mesa, donde yacía la daga. Vera la cogió sin saber lo que hacía y asestó un golpe de plano en la cabeza del escritor, que cayó desplomado.

Luego, aterrada, huyó despavorida.

Unas horas más tarde, en el silencio de la noche, el criado, violentamente despedido por el novelista, forzaba la puerta posterior de la casa y penetraba en la estancia con ánimo de robar.

Estaba beodo, y al ver el cadáver de Pereira en el suelo creyó que dormía la borrachera. Se apoderó de un fajo de billetes y desapareció.

A la mañana siguiente, la policía intervino en el asunto. Las primeras sospechas recayeron en el criado. Pero había allí una coincidencia de hechos que envolvía de niebla y misterio el crimen.

—Lo que aparece claro—observó el perito—es que el asesino entró en la casa alrededor de las nueve de la noche.

El detective se volvió enérgico contra el criado que, sujeto por un guardia, no cesaba de temblar.

—¿Qué ocurrió la noche anterior? En beneficio de usted diga lo que sepa.

—¡Soy inocente!

—¿Y estos billetes?—le interrogó, mostrándole el robo por él cometido.

El criado bajó los ojos.

—¡Responda!—conminó enérgico el detective.

—Sí, señor, yo robé el dinero, pero le juro por lo más sagrado que no lo maté... No puedo acordarme de nada... sólo sé que yo no lo



...Y asestó un golpe de plano en la cabeza del escritor, que cayó desplomado.

maté.

El criado afirmaba con un tono de sinceridad tal, que despistaba al detective. Por otra parte, el rostro de Pereira presentaba unos arañazos singulares de mano femenina.

El perito observó:

—Los dedos que arañaron la cara son, sin duda alguna, de una mujer.

El móvil del crimen no aparecía claro.

Ricardo Huntley se apresuró a darle, por teléfono, la noticia a Hugo.

—¿Cómo? ¿Que el señor Pereira ha sido asesinado... y por una mujer?

—Así parece. Tiene la cara arañada; se ha encontrado un guante de mujer y una horquilla.

—Bien. Que lleven a mi despacho al criado y las pruebas. Yo voy inmediatamente.

Vera había sorprendido la conversación que acababa de sostener su marido, cuando descendía la escalera del *hall*, y agitada, llena de espanto, volvió sobre sus pasos para encerrarse en su habitación.

El la llamó.

Vera, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, aparentó serenidad.

—Pereira ha sido asesinado. Parece que hay por medio una mujer... Si es así, la encontraremos pronto, pues las mujeres siempre dejan tras de sí alguna huella.

Ella balbució unas palabras ininteligibles, y acto seguido pretextó tener un poco de jaqueca y se retiró.

Refugiada en sus habitaciones, creyó enloquecer de terror. Espantábase la idea de verse descubierta por su mismo marido.

*
*
*

Al día siguiente, Hugo Conway había interrogado a todas las mujeres que más o menos directamente habían tenido relaciones con Pereira.

A pesar de los infructuosos resultados de todas aquellas averiguaciones, Ricardo Huntley, ante la vista del guante y la horquilla, se afirmaba en la creencia de la intervención de una mujer en el crimen.

—Estoy convencido de que ha sido una mujer. Y es más: sospecho que esa mujer tiene algo en casa de Pereira que le interesa.

Hugo acordó:

—Para no alarmar a Vera, le diré que esta noche tengo que hacer un pequeño viaje e iremos los dos a casa de Pereira. Veremos si la casualidad nos esclarece este misterio.

Llamó por teléfono a su mujer y le dijo:

—No me esperes esta noche. Ricardo y yo tenemos que salir de la ciudad.

Vera, ante el inesperado viaje de su esposo, sintió que el miedo la revestía de audacia y resolvió apoderarse a toda costa de las pruebas que la comprometían.

Ricardo se adelantó a escalar la morada del novelista de acuerdo con Hugo, y luego de inspeccionar toda la casa, le comunicó el resultado por teléfono.

—Perfectamente—dijo el juez—. Dentro de unos minutos iré a reunirme contigo.

En aquel instante, Vera caía en la trampa que inconscientemente le habían preparado.

—¿Cómo? ¿Pero es usted, Vera?—exclamó, lleno de estupor, Ricardo, al reconocerla.

Ella, con palabras húmedas por el llanto, le contó la verdad de lo ocurrido.

—¡Por Dios, por lo que usted más quiera, sálveme!—exclamó con desesperado acento.

El compañero de bufete de Hugo luchaba entre el deber y la amistad. El automóvil del juez se acercaba. El impulso generoso de Ricardo prevaleció en aquellos instantes críticos y la dejó partir por la parte posterior de la casa.

A poco, un reflejo de luz, cortando las tinieblas, mariposeaba por la estancia.

Un bulto negro avanzó cauteloso.

Ricardo se apostó en un ángulo del salón, cerca del interruptor eléctrico y esperó a que la sombra se acercara. Rápido dió la luz y se abalanzó sobre el desconocido que, al verse sorprendido, repelió la agresión e intentó darse a la fuga. Ricardo disparó y el desconocido cayó mortalmente herido.

En aquel instante irrumpió Hugo, que al ruido de la lucha y del disparo, acudió presto en auxilio de su camarada.

El joven que yacía moribundo, era el hermano de Elvira.

Vera no había matado al novelista, a pesar de que lo creía así. Fué Alvaro quien, poco después de huir ella empavorecida, estranguló con sus manos al seductor.

—Vine aquí—dijo, agonizante—para vengarme del hombre que sedujo a mi hermana... Ahora quería recoger las cartas que ella le escribió... Enloquecida por el dolor y la vergüenza, mi pobre hermana se suicidó.

La voz debilitóse tras el esfuerzo hecho.

—Ante el cadáver de mi hermana, juré vengarla... Juré que el canalla que causó su desgracia dejaría su vida en mis manos...

Balbució unas palabras ahogadas por el jadeante estertor, y poco después la vida extinguióse en el cuerpo del infortunado.

Pasó el recuerdo de aquel hombre audaz, extraordinario en medio de todo, de cuyo egoísmo acaso eran cómplices las cualidades que dotaban su carácter.

Ricardo Huntley, sacerdote de la amistad, fué el más fiel guardador del secreto de Vera. Y poco a poco, en la paz de la vida presente, ella pudo dar al olvido la pesadilla del pasado.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido
a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO: La magnífica novela

El Paraíso de un iluso

Grandioso asunto. Triunfo de DOROTHY DALTON,
secundada por Conrad Nagel, Mildred Harris, Theodore

Kosloff, Julia Faye, John Davidson, etc.

32 páginas. - Numerosas fotografías. - 25 cénts.

Postal-fotografía regalo:

Madge Kennedy

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.

.....
No deje de adquirir en seguida los últimos libros de
Los Grandes Films:

El Capitán Blood (El film estupendo)

y **Más fuertes que su amor**

por RODOLFO VALENTINO y GLORIA SWANSON

64 páginas - Profusión de fotografías - Precio: 50 cts.

PRÓXIMOS NÚMEROS:

ELLA... (del CIEC)

Nobleza baturra

(Selecciones Capitolio)

— ¡¡Sea usted lector de *Los Grandes Films!!* —

COLECCION USTED LOS SUGESTI-
VOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

cuyos títulos son los siguientes:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la
mujer. — El prisionero de Zenda. El
joven Medardus. — Los enemigos de
la mujer. — Una mujer de París. El
Corsario. Para toda la vida. — Cyra-
no de Bergerac. — De mujer a mujer. —
La Hermana Blanca. — El milagro de
los lobos. — ¡¡París!! — Venganza
de mujer

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Em-
perador. — Lirio entre espinas. — El
que recibe el bofetón. — Rómula. —
Janice Meredith. El Fantasma de la
Ópera. El trono vacante. — El Caid.
— Madame Sans-Gêne. — América. —
Cuando las mujeres aman. — El
Capitán Blood.

Precio: 50 CÉNTIMOS

PRÓXIMOS NÚMEROS:

Más fuertes que su amor

(Rodolfo Valentino y Gloria Swanson)

Ella... (del C I E C)

Nobleza baturra

¡ÉXITO GRANDIOSO!